

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Investigado y anotado -
Lucas informa de un viaje en aguas tempestuosas
(Lucas 8:22-26)
(3 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



DÍA 1

LUCAS 8:22-25

Una prueba práctica

El relato de la calma de la tempestad en el lago de Genesaret* es familiar para muchos. Quizás entra en la categoría de las historias bíblicas para niños para nosotros. Sin embargo, si se mira más de cerca, queda claro: esta también es una historia para discípulos experimentados. Lucas comenta sencillamente: “Aconteció un día, que entró en una barca con sus discípulos”. El día comenzó de manera poco espectacular. No había señales de sorpresas. Probablemente nosotros también conocemos días así.

En la orilla del lago había una barca lista para partir. Sin sospechar nada malo, los discípulos con Jesús entraron en ella. Jesús indicó la ruta, presumiblemente “desde el lugar habitual de Capernaum ... hasta la orilla oriental” (G. Maier). Él sabía lo que Dios planeaba. Por lo tanto, nada de lo que iba a pasar en el cruce, podía *sorprenderle*.

Inmediatamente surge la pregunta de por qué Jesús, a sabiendas y deliberadamente expone a sus seguidores a situaciones tan peligrosas. Los antiguos pescadores entre ellos estaban familiarizados con las tormentas repentinas. Pero, ¿quien esperaba todos los peligros imaginables en una mañana tranquila? Lucas revela en su relato, que Jesús quería probar la fe de sus discípulos para el uso diario (v.25). Desde hacia algún tiempo habían acompañado a Jesús a la gente, habían mirado, escuchado, experimentado sus encuentros. Ahora se trataba de su fe, de su confianza. Ambas no se aprenden en las gradas de los espectadores. A veces, Jesús tiene que quitarnos la tierra firme bajo nuestros pies, enviarnos en oleadas y tempestades, para que salga a la luz en que confiamos (comp. vs.22,23; 1.Ts. 2:4b).

El mayor consuelo de este relato es que el Señor entra en la barca tambaleante. Viene con nosotros. Él es el garante que sus discípulos no perecerán en su poca fe. Aunque Jesús, como hombre, se durmió cansado en la barca, a Jesús, nuestro Señor exaltado en el cielo, no se le escapa nada (Sal. 121:3-5; 1.P. 3:12a).

*El lago de Genesaret es también llamado Mar de Galilea. Con 212 m por debajo del nivel del mar, es el lago de agua dulce más profundo del mundo (21 km de largo, 13 km de ancho).

Día 2

LUCAS 8:22-24a

¡Lo único que ayuda es orar!

Los discípulos habían entrado a la barca con Jesús. Luego tuvieron que experimentar: se puede estar en el centro de la voluntad de Dios y, sin embargo, estar en el centro de una tormenta, si el Señor quiere llevarnos adelante en la fe. Tengamos en cuenta que una tormenta no siempre tiene que ser una indicación de que estamos en el camino equivocado, como fue el caso de Jonás (Jon. 1:3,4). ¡Cuán reconfortante es el hecho de que nuestro Padre celestial es el que mejor sabe, cuándo podemos aguantar una “lección de tormenta”. ¡Confiemos en Él! Él lo hace bien, en todo caso, para que podamos soportarlo (comp. Éx. 3:7-10; Jn. 16:12; 1.Co. 10:13).

Después de que Jesús, cansado de su desafiante servicio a los hombres, se durmió en la barca, “se desencadenó una tempestad* de viento en el lago; y se anegaban y peligraban” (v.23).

Los hombres no solo son atacados por sucesos naturales. Sean cuales sean las tragedias que golpean nuestra vida cotidiana, cada una puede llevar a un shock. “¡Maestro, Maestro, que perecemos!”, gritaron los discípulos a Jesús dormido. Entre ellos había cuatro pescadores experimentados en las tormentas, ¡es decir profesionales! A pesar de toda su experiencia profesional, tampoco pudieron ayudar. Jesús los había conducido a un punto, en el que su *propia experiencia* ya no podía salvarlos. A veces tenemos que llegar al final de nuestro conocimiento, para que *nuestro* Señor tenga por fin, una oportunidad (comp. 2.Co. 12:7-10).

Los hombres, en su desesperación hicieron lo único que les era posible: ellos despertaron al Maestro. “Aquí *sólo* se puede orar” decimos a veces en situaciones sin salida, olvidando que pedir la ayuda divina es la única ayuda eficaz. Las peticiones que hacemos a nuestro Señor son escuchadas y atendidas, a más tardar a tiempo (comp. Mt. 7:7a,11; Jn. 14:13,14; 16:23b,24; 1.Jn. 5:14,15).

*Estos son los llamados vientos descendentes que bajan de las alturas alrededor del lago de Genesaret y lo agitan



DÍA 3

LUCAS 8:24

Una cuestión de confianza

En nuestra sociedad se fomenta la autoconfianza de las personas desde la infancia. Es indiscutible que la confianza *saludable* en sí mismo, tiene su valor. La gente insegura está en peligro. Sin embargo, cuando somos honestos con nosotros mismos, nos damos cuenta de lo cuestionable que es la confianza en nosotros mismos. Nuestros pensamientos y emociones negativas, nuestra condición débil, todo esto puede afectarnos violentamente.

En última instancia la confianza saludable en uno mismo solo puede crecer a partir de la confianza personal en Dios. “¿Dónde está vuestra fe?”, preguntó Jesús a los doce. Quien confía en su Dios puede mantenerse en pie. Eso es lo que los discípulos tenían que aprender; y lo han aprendido, ciertamente a través de tales “historias de tormentas”. Después de Pentecostés, cuando Jesús ya había vuelto a su Padre celestial, casi no se los reconoce a estos hombres. Fuertes y valientes, confiados en su Señor Resucitado y en el poder de Su Espíritu, podían “estar en pie”. En las tempestades de la creciente resistencia contra su Señor, en las olas del odio contra ellos mismos, podían decir: “No podemos callar lo que hemos visto y oído”; “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch. 4:20; 5:29).

Volvamos al lago. Los discípulos, con su quebrantada confianza en sí mismos, se habían refugiado en Jesús. Es doloroso cuando Jesús nos muestra nuestros límites, pero también es sanador, incluso aliviador. Por otro lado, cuando Jesús destruye nuestra confianza en nosotros mismos, fortalece nuestra confianza en su poder y fuerza y poder a través de su intervención. “Jesús se levantó y dio una orden al viento y a las olas, y todo se calmó y quedó tranquilo” (Lc. 8:24b, Dios habla hoy). La poderosa intervención de su Maestro, abrumó a los hombres. Aún estaban inseguros con quien estaban tratando: “¿Quién es este?” (v.25b). *Nosotros* sabemos por el Nuevo Testamento quien es este vencedor de tormentas y suavizador de olas: Jesucristo, el Hijo del Dios vivo.


